

Introducción

Desde tiempos inmemorables el hombre ha contado historias. Ya las tribus nómadas gustaban, al anochecer, cuando hacía buen tiempo, a la luz de un buen fuego y teniendo como techo las estrellas, narrar cuentos, leyendas, mitos, anécdotas, fábulas de su tierra y de sus gentes. Al fin y al cabo la estructura de la vida humana es narrativa. Es decir, nos entendemos y logramos explicarnos a través de historias. Somos ciertamente una curiosa mezcla de materia y espíritu, pero también somos biografía. Nuestra vida es nuestra propia historia o, como diría Ortega y Gasset, «somos lo que nos pasa». Por eso tendemos a ellas y nos gusta contarlas y oírlas.

Ahora bien, más allá de su indudable función lúdica (poder pasar un buen rato), también desde hace siglos las empleamos con ánimo de educar. Ya los griegos, a través de la representación de sus clásicas tragedias, formaban buenos ciudadanos, conscientes de que la educación no consistía en saber mucho de algo, sino en llegar a ser alguien. Para ellos formar, lo que se dice formar, tenía que ver más con «templar el carácter y afinar el gusto» que con la transmisión de datos. Sus tragedias no trataban de afluentes de ríos, de fórmulas, de cálculos, de estadísticas o de gráficos, sino

del amor, la libertad, el perdón, la envidia, la muerte, la justicia, la venganza, la traición...

Las historias aquí comentadas me han acompañado durante años. Las he ido descubriendo a edades muy diversas. Todas —a su debido tiempo— han jugado un papel en mi vida y, por eso, las he contado infinidad de veces ante personas muy dispares y en foros muy diferentes: clases y conferencias, cafés o tertulias, viajes. Y, más allá de pasar un buen rato, he comprobado en quienes las escuchaban que, de entrada, se quedaban desconcertados. Sí, el desconcierto es quizás —si tuviese que escoger una— la nota primariamente común a todas ellas y de ahí que, tras su lectura, uno exija cierta explicación. Cada una logra así suscitar el deseo de saber, de comprender, de profundizar; deseo que es la base para luego formar: nadie aprende lo que no desea. Por eso las suelo emplear como detonante para iniciar muchas veces un diálogo, un intercambio de pareceres, sobre aquellos temas que considero interesantes. Con otras palabras, su selección y los comentarios que las acompañan persiguen fomentar la lectura, abrir la mente, provocar el debate, formar... al estilo griego¹.

Hoy, cuando cada vez resulta más difícil hablar de lo «interesante», cuando la mayoría de las conversaciones están cargadas de «frases hechas», giran en torno a «lugares comunes» o a lo «políticamente correcto» (el tiempo, el deporte, la política, el vestido, el comprar o regalar, etc.), estas historias nos devuelven nuestro sabor más genuino. Sus autores nos conocen bien. Desde Platón a de Saint-Exupéry, pasando por Hawthorne, Steinbeck, Hugo, Mann, Hammett, Van Der Meersch, etc., todos han mostrado

1. El lector encontrará en **negrita** los fragmentos de cada uno de estos relatos tal y cómo han sido contados por su autor y, al inicio de cada historia, la traducción o versión concreta que aquí hemos empleado. Como es obvio, la lectura completa del relato en su original o en alguna de las buenas traducciones existentes es algo que recomiendo encarecidamente.

ser grandes humanistas². Han logrado penetrar en nuestro «disco duro» y, con su narrativa, nos han ayudado a ser más humanos. Por eso veremos cómo unas penetran en otras, cómo comparten muchos puntos en común; porque todas desembocan en el ser humano. Nos ayudarán a conocernos mejor, a aguantarnos, a sostenernos. Tal es así que, en su conjunto, llegan a componer un gran diamante que, a la luz propia de cada lector, logrará –esperemos– proporcionarle nuevos destellos, ideas, intuiciones.

Despiertan asombro –decíamos–, y tienen su fuerza. Porque en ellas se funde de alguna manera la teoría con la práctica: los temas que suscitan no aparecen expuestos «en teoría», como en una clase, en una pizarra o a través de una lección magistral, sino encarnados en personas enfrentadas a situaciones concretas. Aparecen con vida, con movimiento. Pasan así de lo universal a lo singular. No contemplaremos la muerte en general, sino cómo Sócrates se enfrentó a ella; ni oiremos hablar de un amor etéreo, sino de la pasión que experimentó Merlín al ver por primera vez a Nyneve; etc.

Divididas en tres grandes partes, las cuatro primeras tienen, como telón de fondo, la muerte. En ellas os invito a descubrir cómo uno puede llegar a morir sin perder la vida física... Las de la segunda parte destapan el verdadero yo de cada uno de los protagonistas: giran en torno al yo real, no el ideal, a ese que emerge ante las diversas pruebas que la vida nos va planteando. Y las cuatro del último grupo ponen en entredicho las diversas maneras de querer. Desarrollan lo que realmente necesitamos, lo único que logra llenarnos: que nos quieran y queramos... pero ¡de verdad!

2. Por una cuestión de derechos de autor, el lector comprobará que para narrar aquellas de autores más recientes hemos recurrido a nuestras propias palabras, mientras que nos hemos sujetado más al texto de una traducción del original en aquellas otras que, por la fecha de fallecimiento del autor, se encontraban ya libres de tales derechos.

En fin, todas giran –como decíamos– en torno a ese misterio, a ese amasijo de contradicciones y esperanza, de alegrías y dolores, de mal y bien que somos cada uno. «Veo lo que es bueno y lo apruebo, y sin embargo después hago lo contrario», decía ya Ovidio. Los comentarios que las acompañan, reclamados por el asombro, pretenden simplemente encauzar el diálogo desde un interrogante inicial que, de entrada, reclama un cierto equilibrio entre dos términos: razón o sentimiento, azar o providencia, ideal o real, amor o egoísmo, etc. Como sabiamente sentenciaba Pascal, *«el hombre supera infinitamente al hombre»* y, por eso, estas historias resultarán siempre, por muchos comentarios que uno aporte, inagotables y asombrosas, increíbles y sorprendentes... como nosotros mismos.

No quiero finalizar esta introducción sin agradecer de un modo especial a José Antonio sus pinturas y sus ánimos para finalizar este proyecto, a Rogelio Altisent y a Diego Blanco sus sugerencias y apoyo incondicional desde el primer momento, a Adolfo Torrecilla sus correcciones al primer borrador, a Juan Francisco Pelayo esas conversaciones con las que he podido enriquecer muchos de los comentarios, a Pedro Gil sus consejos y asesoramiento jurídico y, a Clara Millán y Jake Jakab, el diseño y foto de la portada.